

Una crucifixión romana

¿Qué soportó realmente el cuerpo de Jesús de Nazaret durante esas horas de tortura?

La práctica de la crucifixión en sí misma consiste en tortura y ejecución mediante la fijación a una cruz. Estoy en deuda con muchos que han estudiado este tema en el pasado, y especialmente con un colega contemporáneo, el Dr. Pierre Barbet, cirujano francés que ha realizado una exhaustiva investigación histórica y experimental y ha escrito extensamente sobre el tema.

Al parecer, la primera práctica conocida de la crucifixión fue practicada por los persas. Alejandro Magno y sus generales la introdujeron en el mundo mediterráneo: en Egipto y Cartago. Al parecer, los romanos aprendieron la práctica de los cartagineses y (como en casi todo lo que hacían los romanos) desarrollaron rápidamente un alto grado de eficiencia y destreza en ella. Varios autores romanos (Livio, Cicerón y Tácito) comentan sobre la crucifixión, y en la literatura antigua se describen diversas innovaciones, modificaciones y variaciones.

Por ejemplo, la parte vertical de la cruz (o estípites) podía tener el brazo de la cruz (o patíbulo) fijado dos o tres pies por debajo de su parte superior, en lo que comúnmente conocemos como la cruz latina. Sin embargo, la forma más común utilizada en la época de nuestro Señor era la cruz Tau, con forma de nuestra T. En esta cruz, el patíbulo se colocaba en una muesca en la parte superior del estípites. Existe evidencia arqueológica de que fue en este tipo de cruz donde Jesús fue crucificado.

Sin ninguna prueba histórica ni bíblica, los pintores medievales y renacentistas nos han dado la imagen de Cristo cargando con la cruz entera. Pero el poste vertical, o estípite, generalmente se fijaba permanentemente en el suelo en el lugar de la ejecución, y el condenado era obligado a cargar el patíbulo, que pesaba alrededor de 50 kilos, desde la prisión hasta el lugar de la ejecución.

Muchos pintores y la mayoría de los escultores de la crucifixión también muestran los clavos atravesando las palmas. Los relatos históricos romanos y los trabajos experimentales han establecido que los clavos se clavaban entre los huesos pequeños de las muñecas (radial y cúbito) y no a través de las palmas. Los clavos clavados en las palmas se desprenden entre los dedos al ser diseñados para soportar el peso del cuerpo humano. Esta idea errónea puede deberse a una mala interpretación de las palabras de Jesús a Tomás: «Observa mis manos». Los anatomistas, tanto modernos como antiguos, siempre han considerado la muñeca como parte de la mano.

Un titulus, o pequeño cartel que indicaba el delito de la víctima, solía colocarse en un bastón, llevado al frente de la procesión desde la prisión, y posteriormente clavado en la cruz de modo que se extendiera por encima de la cabeza. Este cartel, con su bastón clavado en la parte superior de la cruz, le habría dado en cierto modo la forma característica de la cruz latina.

Pero, por supuesto, la pasión física de Cristo comenzó en Getsemaní. De los muchos aspectos de este sufrimiento inicial, el de mayor interés fisiológico es el sudor sangriento. Es interesante que San Lucas, el médico, sea el único que lo menciona. Dice: «Y

estando en agonía, oraba más tiempo. Y su sudor se convirtió en gotas de sangre que corrían hasta la tierra».

Los eruditos modernos han recurrido a toda artimaña (truco) imaginable para justificar esta descripción, aparentemente bajo la errónea impresión de que esto simplemente no sucede. Se habría ahorrado mucho esfuerzo si los escépticos hubieran consultado la literatura médica. Aunque muy poco frecuente, el fenómeno de la hematidrosis, o sudor con sangre, está bien documentado. Bajo un gran estrés emocional como el que sufrió nuestro Señor, los diminutos capilares de las glándulas sudoríparas pueden romperse, mezclando así la sangre con el sudor. Este proceso bien podría haber producido una marcada debilidad y un posible shock.

Tras el arresto en plena noche, Jesús fue llevado ante el Sanedrín y Caífo, el sumo sacerdote. Fue allí donde sufrió el primer trauma físico. Un soldado lo golpeó en la cara por guardar silencio al ser interrogado por Caífo. Los guardias del palacio le vendaron los ojos y, burlándose, lo incitaron a identificarse al pasar, le escupieron y lo golpearon en la cara.

A primera hora de la mañana, maltratado y magullado, deshidratado y exhausto tras una noche sin dormir, Jesús es llevado al Pretorio de la Fortaleza Antonia, sede del gobierno del Procurador de Judea, Poncio Pilato. Seguramente, conocen la acción de Pilato al intentar transferir la responsabilidad a Herodes Antipas, el Tetrarca de Judea. Al parecer, Jesús no sufrió maltrato físico a manos de Herodes y fue devuelto a Pilato. Ante los gritos de la turba, Pilato ordenó la liberación de Barrabás y condenó a Jesús a la flagelación y la crucifixión.

Existe un gran desacuerdo entre las autoridades sobre la inusual flagelación como preludio a la crucifixión. La mayoría de los escritores romanos de este período no asocian ambas cosas. Muchos eruditos creen que Pilato ordenó originalmente la flagelación de Jesús como castigo completo y que la sentencia de muerte por crucifixión se produjo solo en respuesta a las burlas de la multitud, que afirmaban que el Procurador no defendía adecuadamente a César contra este impostor que supuestamente afirmaba ser el Rey de los judíos.

Los preparativos para la flagelación se llevaban a cabo cuando al prisionero le despojaban de sus ropas y le ataban las manos a un poste sobre la cabeza. Es dudoso que los romanos intentaran seguir la ley judía en este asunto, pero los judíos tenían una antigua ley que prohibía más de cuarenta latigazos.

El legionario romano avanza con el flagrum (o flagelo) en la mano. Se trata de un látigo corto compuesto por varias correas pesadas de cuero con dos pequeñas bolas de plomo sujetas cerca de los extremos de cada una. El pesado látigo se golpea con toda su fuerza una y otra vez sobre los hombros, la espalda y las piernas de Jesús. Al principio, las correas solo cortan la piel. Luego, a medida que los golpes continúan, se adentran más en el tejido subcutáneo, provocando primero un sangrado de los capilares y venas de la piel, y finalmente un sangrado arterial de los vasos de los músculos subyacentes.

Las pequeñas bolas de plomo primero producen grandes y profundas contusiones que se abren con los golpes posteriores. Finalmente, la piel de la espalda cuelga en largas tiras y toda la zona es una masa irreconocible de tejido desgarrado y sangrante. Cuando el centurión a cargo determina que el prisionero está a punto de morir, finalmente se detiene la paliza.

A Jesús, medio desmayado, lo desatan y lo dejan caer sobre el pavimento de piedra, empapado en su propia sangre. Los soldados romanos ven una gran burla en este judío provinciano que afirma ser rey. Le echan una túnica sobre los hombros y le colocan un bastón en la mano a modo de cetro. Aún les falta una corona para completar su parodia. Se trenzan ramas flexibles cubiertas de largas espinas (comúnmente usadas en haces de leña) en forma de corona y se la presionan contra el cuero cabelludo. De nuevo, sangra abundantemente, ya que el cuero cabelludo es una de las zonas más vascularizadas del cuerpo.

Tras burlarse de él y golpearlo en la cara, los soldados le quitan el palo de la mano y lo golpean en la cabeza, hundiendo las espinas aún más en su cuero cabelludo. Finalmente, se cansan de su sádico juego y le arrancan la túnica de la espalda. Habiendo ya adherido a los coágulos de sangre y suero en las heridas, su extracción le causa un dolor insoportable, como al retirar descuidadamente un vendaje quirúrgico, y casi como si lo estuvieran azotando de nuevo, las heridas vuelven a sangrar.

En deferencia a la costumbre judía, los romanos le devuelven sus vestiduras. El pesado patíbulo de la cruz está atado sobre sus hombros, y la procesión del Cristo condenado, dos ladrones y el destacamento de soldados romanos para su ejecución, encabezados por un centurión, inicia su lento recorrido por la Vía Dolorosa. A pesar de sus esfuerzos por caminar erguido, el peso de la pesada viga de madera, junto con el impacto producido por la abundante pérdida de sangre, es insoportable. Tropieza y cae. La áspera madera de la viga se clava en la piel y los músculos lacerados de los hombros. Intenta levantarse, pero sus músculos humanos han sido forzados al límite de su resistencia.

El centurión, ansioso por continuar con la crucifixión, elige a un fiel observador norteafricano, Simón de Cirene, para que cargue la cruz. Jesús lo sigue, aún sangrando y sudando el sudor frío y pegajoso de la conmoción, hasta que finalmente completa el trayecto de 650 metros desde la fortaleza Antonia hasta el Gólgota.

Le ofrecen a Jesús vino mezclado con mirra, un analgésico suave. Se niega a beberlo. Le ordenan a Simón que coloque el patíbulo en el suelo y Jesús es rápidamente arrojado hacia atrás, con los hombros contra la madera. El legionario palpa la depresión en la parte delantera de la muñeca. Clava un clavo cuadrado y pesado de hierro forjado a través de la muñeca hasta la madera. Rápidamente, se mueve al otro lado y repite la acción, teniendo cuidado de no tensar demasiado los brazos, pero permitiendo cierta flexión y movimiento. Luego, levantan el patíbulo hasta su posición en la parte superior del estípite y clavan el título que dice «Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos».

El pie izquierdo se presiona hacia atrás contra el derecho, y con ambos pies extendidos, con los dedos hacia abajo, se clava un clavo en el arco de cada uno, dejando las rodillas moderadamente flexionadas. La víctima es crucificada. Mientras se desploma lentamente, con más peso sobre los clavos de las muñecas, un dolor insoportable se extiende por los dedos y sube por los brazos hasta explotar en el cerebro; los clavos de las muñecas presionan los nervios medianos. Al impulsarse hacia arriba para evitar este tormento de estiramiento, deposita todo su peso sobre el clavo que atraviesa sus pies. De nuevo, se siente la agonía abrasadora del clavo desgarrando los nervios entre los metatarsianos.

En ese momento, a medida que los brazos se fatigan, fuertes calambres recorren los músculos, anudándolos con un dolor profundo, implacable y punzante. Con estos calambres, llega la incapacidad de impulsarse hacia arriba. Colgando de los brazos, los músculos pectorales se paralizan y los músculos intercostales son incapaces de actuar. El aire puede entrar en los pulmones, pero no puede exhalar. Jesús lucha por levantarse para poder respirar siquiera brevemente. Finalmente, el dióxido de carbono se acumula en los pulmones y en el torrente sanguíneo, y los calambres remiten parcialmente. Espasmódicamente, logra impulsarse hacia arriba para exhalar y tomar el oxígeno vital. Sin duda, fue durante estos períodos que pronunció las siete breves frases registradas:

El primero: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

El segundo, al ladrón arrepentido: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso».

El tercero, mirando al adolescente Juan, el amado apóstol, aterrorizado y afligido, dijo: «Ahí tienes a tu madre». Luego, mirando a su madre María, dijo: «Mujer, ahí tienes a tu hijo».

El cuarto clamor es del comienzo del Salmo 22: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”

Horas de dolor inmenso, ciclos de retorcimientos, calambres que desgarran las articulaciones, asfixia parcial intermitente, dolor punzante donde el tejido se desgarraba de su espalda lacerada. Se mueve arriba y abajo contra la áspera madera, soportando horas de dolor inmenso, ciclos de retorcimientos, calambres que

desgarran las articulaciones, asfixia parcial intermitente. Entonces comienza otra agonía: un terrible dolor aplastante en lo profundo del pecho mientras el pericardio se llena lentamente de suero y comienza a comprimir el corazón.

Recordamos nuevamente el Salmo 22, versículo 14: "Estoy derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntan; mi corazón es como cera, se derrite en medio de mis entrañas".

Ya casi ha terminado. La pérdida de fluidos tisulares ha alcanzado un nivel crítico; el corazón comprimido lucha por bombear sangre pesada, espesa y lenta a los tejidos; los pulmones torturados hacen un esfuerzo frenético por inhalar pequeñas bocanadas de aire. Los tejidos, notablemente deshidratados, envían su torrente de estímulos al cerebro.

Jesús lanza su quinto grito: «Tengo sed».

Uno recuerda otro versículo del profético Salmo 22: "Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte".

Una esponja empapada en posca, el vino barato y agrio, bebida básica de los legionarios romanos, se lleva a sus labios. Aparentemente, no bebe nada del líquido. El cuerpo de Jesús se encuentra ahora en un estado de extrema tensión, y puede sentir el frío de la muerte recorriendo sus tejidos. Esta constatación da lugar a sus sextas palabras: «Consumado es».

Su misión de expiación ha terminado. Finalmente, decide morir. Con un último impulso de fuerza, vuelve a presionar sus pies

desgarrados contra el clavo, estira las piernas, respira hondo y lanza su séptimo y último grito: "¡Padre! En tus manos encomiendo mi espíritu".

El resto ya lo saben. Para que el sábado no fuera profanado, los judíos pidieron que los condenados fueran despachados y bajados de las cruces. El método común para terminar una crucifixión era mediante la crucifixión, la fractura de los huesos de las piernas. Esto impedía que la víctima se impulsara hacia arriba; por lo tanto, no se podía aliviar la tensión de los músculos del pecho y se producía una rápida asfixia. A los dos ladrones les rompieron las piernas, pero cuando los soldados se acercaron a Jesús, comprendieron que esto era innecesario.

Al parecer, para asegurar la muerte por partida doble, el legionario clavó su lanza a través del quinto espacio intercostal, ascendiendo por el pericardio hasta el corazón. El versículo 34 del capítulo 19 del Evangelio según San Juan relata: «Y al instante salió sangre y agua». Es decir, hubo una fuga de líquido acuoso del saco que rodeaba el corazón, lo que constituye una prueba post mortem de que Nuestro Señor no murió por asfixia, como es habitual en la crucifixión, sino por insuficiencia cardíaca (corazón roto) debido al shock y la constricción del corazón por el líquido del pericardio.

Así, hemos vislumbrado, incluyendo la evidencia médica, ese epítome de la maldad que el hombre ha exhibido hacia el hombre y hacia Dios. Ha sido un espectáculo terrible, más que suficiente para dejarnos abatidos y deprimidos. Cuán agradecidos podemos estar de tener la gran secuela de la infinita misericordia de Dios hacia el hombre. Adaptado de: "Un médico testifica sobre la

crucifixión, Dr. C. Truman Davis,
konnections.com/Kcundick/crucifix.html".

David lo predijo así: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué estás tan lejos de salvarme, tan lejos de las palabras de mi gemido?...» Pero yo soy un gusano y no un hombre, Escarnecido por los hombres y despreciado por el pueblo. Todos los que me ven se burlan de mí; me insultan, meneando la cabeza: Él confía en el Señor; que el Señor lo rescate. Que lo libre, pues en él se deleita. ... Estoy derramado como agua, y todos mis huesos están descoyuntados. Mi corazón se ha convertido en cera; se ha derretido dentro de mí. Mi fuerza se ha secado como un tiesto, y mi lengua se pega al paladar; me has puesto en el polvo de la muerte. Me han rodeado perros, me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies. Puedo contar todos mis huesos; la gente me observa y se regodea. Se reparten mis ropas y echan suertes sobre mi ropa. ... Todos los confines de la tierra se acordarán y se volverán a Jehová, y todas las familias de las naciones se inclinarán ante él; porque de Jehová es el dominio, y él gobierna las naciones. Todos los ricos de la tierra banquetearán y adorarán; ante él se arrodillarán todos los que descienden al polvo, aquellos que no pueden conservar la vida. La posteridad le servirá, y a las futuras generaciones se les hablará del Señor. Proclamarán su justicia a un pueblo aún no nacido, porque él lo ha hecho.” (Salmo 22:1-8; 14-18; 27-31)